

## EL ENANO SALTARÍN

# La noche de las ilusiones

Cuando llega el año nuevo me escapo a la gran ciudad. Paseo por las calles iluminadas, me asomo a los escaparates y asisto a la llegada de los Reyes Magos. Parece reinar una alegre conjura entre adultos para hacer felices a los niños. Ellos son el objetivo de una ceremonia destinada —dicen— a preservar sus ilusiones y a estimular su imaginación. Sin embargo, hay en esa fiesta un regusto de falsedad y una manipulación de lo que de mejor hay en la infancia.

Toda esa algarabía audiovisual en torno a los juguetes, machacona y reiterada hasta la saturación, tiene una impudicia que parece pasar desapercibida. Se trata de una sistemática transgresión, legitimada y celebrada con naturalidad, de los delicados procesos de desarrollo equilibrado de esa infancia que tanto se ensalza. El lento crecimiento del deseo como un tesoro personal, la elaboración pausada de una ilusión sentida hondamente, y la construcción

activa de las propias emociones, se arrasan mediante la persuasión publicitaria y el adiestramiento para el consumo. Ante ese gran bazar de objetos desea-

bles, listos para el ensueño, el niño y la niña no elaboran su opción con los adultos: exigen ese objeto del deseo ajeno que, imprescindiblemente, deben tener. Es la iniciática invasión de su intimidad, el condicionamiento de su inconsciente simbólico y el principio de su «educación» para el consumo. Por fortuna, la infancia es más resistente que nuestras maquinaciones para someterla.

En esas cosas pienso cuando, de vuelta a mi casa, en la acogedora soledad del bosque, oigo el rumor de la ciudad lejana y veo la falsa aurora de sus luces en esta noche de las ilusiones infantiles.

*El Enano Saltarín.*



MARGARITA MENÉNDEZ.